



Las maravillosas cascadas de los jardines.

La corriente del Anio, revolviéndose entre los montes Tiburtinos, se enresaca en bullidoras cascadas y enguinalda sus márgenes de arboleda frondosa. Asomada a esas alegres aguas, a la sombra de esa perenne espesura, está la antigua *Tibur*, la *Tivoli* de hoy, donde la Roma de los Césares disfrutó los ocios de la paz, y donde pasaron dulces horas pontífices y cardenales amigos del bello vivir.

Desde que se tiende la primera mirada por este montuoso horizonte, se disputan los favores de la imaginación la amenidad de la naturaleza y el prestigio de los recuerdos. Si preferís empezar por acercaros a lo que la naturaleza puso de su propia hermosura, llegad, entrando al pueblo por la Puerta de San Angelo, a donde un letrero pintado, que parece de un ventorrillo, sobre una tapia como de cualquiera quinta vulgar, anuncia que es allí la «Villa Gregoriana». De paso para las cascadas y las grutas, veis levantarse, sobre eminente peñón, las columnas de dos destrozados templos: el de Vesta y el de la Sibila de Tibur, que añaden a la poesía del paisaje la melancolía de las ruinas. En el fondo del valle, y sobre los lomos de las redondas colinas que forman el marco de este cuadro, aparecen en pintoresco desorden obscuros olivares, salvajes matas, casas rústicas, desgarrados senos de roca y blancas nubes que flotan sobre espumas hirvientes. Graciosas cascatelas os preparan los ojos para la solemne impresión de la «Cascada grande». Cae ésta, de una altura de trescientos pies, en salto casi vertical, rebotando a mitad de ese espacio, al contraerse y juntarse su garganta de piedra; y para un americano que no ha visto el Niágara, el Guazú ni el Tequendama, el efecto es de maravilla y emoción. Nunca sentí tan líricamente la belleza del agua; nunca se me representó tan sincero el entusiasmo heroico de Píndaro en su invocación de la primera Olímpica. Soberbia es la inquietud del mar, pero esta otra inquietud del agua me parece (y no sé si sugiero así lo que pienso), de un carácter más orgánico, más personal, que la del mar alborotado. Aquel ímpetu, aquella pureza, aquel clamor, se me figuraban los accidentes

de una vida, y de una vida espiritual y consciente. Si en el vapor de las deshechas aguas hubiera brotado de improviso una forma, de dios o de genio, que me mirase; si el estruendoso son se hubiera ordenado de súbito en un himno colosal o en una arenga sublime, creo que no hubiese experimentado espanto ni asombro. Sentía al lado del torrente como un poder subyugador y retentivo, al modo del que hay en la sombra de esos árboles que atraen al viajero y le adormecen; pero esta influencia era benéfica y tonificadora, y me alumbraba la imaginación, y me alegraba el alma, y me levantaba a pensamientos altos y gloriosos. Cuando me aparté de allí, me parecía triste silencio el natural rumor de los campos circundantes, y sosiego mortal su serenidad apacible.

En camino para la «Villa de Este», observo la vetusta y característica fisonomía de la Tivoli urbana, con sus torcidas calles, sus ventanas colgadas de ropa que se oreca, y sus puestos humildes de hortaliza y de fruta. Las mujeres del pueblo, vestidas de encendidos colores, pasan guiando sus valientes burritos, que llevan su carga con la gracia inocente que la irenia humana ha echado a perder en la idea de animal tan lindo y bondadoso. No rara vez advertís en un curtido rostro de muchacha un admirable perfil clásico, unos ojos que os hacen recordar que en estas cercanías está la Albano famosa, gran proveedora de modelos para los pintores y estatuarios romanos. Una nube de chiquillos sale de la escuela, tan trisecadores e indómitos, como en todas partes. Uno de ellos, feo y tiznado como un diablo, dibuja en la pared, con su lápiz, un canastillo tan bien hecho que viene a mi memoria la anécdota del pastorico que fué el Giotto.

El cardenal Hipólito de Este, uno de aquellos príncipes del Renacimiento italiano, en quienes la política podría definirse como el arte de hermosar el mundo, dejó de su paso por el gobierno de Tivoli, que le otorgó Julio III, la «villa» que lleva el nombre de su ilustre linaje. Era el purpurado más rico de su tiempo, y derramó su oro en este palacio, al que infundieron espíritu

digno de sus formas: la conversación aristocrática y el arte. En las salas, vacías y tristes, duran aún vestigios de los frescos que los pinceles de Zuccari y Muziano consagraron a episodios históricos de la ciudad. Los jardines son de paradisiaca belleza. Cipreses gigantes, ingeniosas fuentes y cascadas. Lagos y grutas como para ninfas, forman el imperio de nobles estatuas; entre ellas, la minervina imagen de «Roma», con lanza y casco, y a su izquierda, la loba amamantando a los gemelos latinos. Un órgano hidráulico que solazó las tardes del Cardenal permanece mudo, y como hechizado, en sus mármoles; y sentí de veras su mudez, porque ninguna idea me parece más bella y delicada que ésta de ceñir a números melódicos el son del cristalino elemento, de suyo tan lleno de fresca y deliciosa música. Cuando yo tenga una casa de campo (en alguno de los mundos donde pienso renacer), ordenaré a mi arquitecto que me construya uno de esos órganos donde el agua canta al fluir en alegres juegos.

Amplísimo y glorioso panorama se domina desde los terrados de este Edén. Una familia, de Génova o Savona, recorría al par mío los jardines, y de pronto o una voz infantil que decía, con vibrante júbilo, mientras la tendida manecita señalaba el confín del horizonte:

— ¡Il mare, il mare!

No es el mar, sino la campiña romana, que se extiende al pie de las montañas sabinas; pero nada, en verdad, más semejante a la dormida inmensidad marina que aquella monótona llanura, donde de tarde en tarde figen un blanco de olas el reflejo de un techo o el surco de un camino, mientras de todo en derredor se desprende y os llega en onda penetrante y balsámica

*Il divino del pian silenzio verde.*

Como un faro de ese mar ilusorio, se alcanza a vislumbrar, entre los celajes de la tarde, la cúpula de San Pedro.

A un cuarto de hora de Tívoli, hacia el Sur, está la Villa Adriana. Es esa una excursión, más que para aficionados al arte, para arqueólogos. Todo lo que en tan inmensas ruinas se cosechó de interés esencialmente artístico: mosaicos, frisos, estatuas, ha pasado a enriquecer cercanos o remotos museos, y singularmente el Capitolino de Roma. Ya sólo cimientos de paredes y truncadas columnas delinean en el suelo como un plano en relieve de lo que fué. Aquí el Teatro Griego, la Sala de los Filósofos, el Teatro Marítimo; más allá las Bibliotecas, las habitaciones para huéspedes; luego el Palacio Imperial, con el Triclinio, la Basílica, las Termas... «De todo apenas quedan las señales». Un rebaño de cabras huella pedazos de mármol que se levantaron sobre tanta frente soberbia. La hierba salvaje alfombra la xedra del Trono. Se busca a Fabio, en este campo de soledad, para comunicar la tristeza de la contemplación, y se



Templo llamado de la Sibilla.



Cantante callejero.

piensa en el epitafio que compondría, si se apareciese en estos escombros, la *animula vagula blandula* del César viajador y poeta que realizó aquí su sueño de arte.

De vuelta de las ruinas, subo a la altura del «Belvedere», donde blanquea el que fué Convento de San Antonio. Este pedazo de tierra es sagrado para la fantasía. La tradición local fija en este punto la casa de Horacio; no la granja sabina, regalo de Mecenas, cuyo lugar se reconoce también a corto trecho de Tívoli, sino la casa tiburtina, donde pasó probablemente sus últimos años; el apacible seguro encarecido en la oda a Julio Antonio y en la epístola a Setimio. La finca que ocuparon los monjes es ahora propiedad de una señora inglesa, que la ofrece en arriendo, con su extendida huerta y su sencillo mobiliario. Espesos olivos la cercan. En frente, al otro lado del Anio, se levanta el Templo de la Sibila. De la hondonada cercana llega el rumor de las aguas hirvientes. *Domus alluceat resonantis et praeceps Anio.*

Cerca de allí puede indicarse el sitio que ocupaban las «villas» de Catulo, de Quintilio Varo, de Mecenas. El paraje está escogido como para abarcar de una mirada todo este hermosísimo contorno.

El testimonio de mi sensibilidad acredita que fué verdaderamente aquí la casa del poeta, porque me siento enteramente horaciano, y pienso que sería dulce cosa quedarse en esta retirada paz, gozando de la «aurea medianía», y escribir, a la sombra de los olivos, un libro transparente y sereno. Y cuando la chicleja del guardián me despidió cortando para mí un rojo clavel y un ramo de blancos junquillos, tengo la puerilidad de mirarlos como reliquias, pensando que llevo conmigo flores de la huerta de Horacio.

*José Enrique Rodó*



Olivares centenarios.

Tívoli, enero, de 1917.